

MAÑANA HE DE PARTIR¹

YALIL AL-QAYSÍ

Traducción del árabe:
Pilar Lirola Delgado

(Una parada de autobús. En la zona sólo hay una mujer de unos sesenta años, que viste un manto negro y lleva una bolsa negra, unas gafas oscuras y en la cabeza tiene un pañuelo negro. Poco después viene un chico temblando y soplándose la palma de las manos nerviosamente:)

EL CHICO.—*(A la mujer con voz entrecortada)* ¿Ha pasado el autobús número 4?

LA MUJER.—Hace aproximadamente un cuarto de hora.

EL CHICO.—*(Patatea con nerviosismo varias veces como si le hubiera mordido una serpiente)* ¡Ah! ¡No! Quién sabe cuándo vendrá otro autobús.

LA MUJER.—Debías haber estado aquí.

EL CHICO.—Estaba aquí esperándolo, cuando me acordé que mi madre me había encargado comprar tres carretes de hilo.

LA MUJER.—*(Con asombro)* ¿Carretes? ¿Dónde vives?

EL CHICO.—En la zona de Tiscin.²

LA MUJER.—¿Es que no hay carretes en Tiscin? Es una ciudad grande.

¹ Esta obra apareció en la revista *al-Adib al-Muásir*, 11 (mayo, 1975). Más tarde fue recogida en la obra del autor que lleva por título *Masrahyyat*, publicada en Bagdad en 1979.

El autor, Yalil al-Qaysí (n. 1937) es un conocido escritor iraquí contemporáneo. Su producción se compone de varias colecciones de historias cortas y piezas de teatro en un acto. La labor literaria de al-Qaysí se caracteriza por expresar la opresión que la sociedad ejerció en el hombre y la lucha que éste sostiene en un mundo absurdo y carente de lógica. En la pieza que presentamos se hace una bella identificación mujer-ciudad.

² Era una aldea, que ahora casi es una ciudad, situada a unos centenares de metros de Karkuk. (Nota del autor.)

EL CHICO.—Sí, pero.

LA MUJER.—¿Y has venido de Tiscin a la ciudad a comprar arretes con este frío?

EL CHICO.—No. Vine a visitar a mi tío.

LA MUJER.—*(Le sonríte con ternura)* Sinvergüenza. ¿Vas a la cuelea?

EL CHICO.—*(Menea la cabeza)* Al quinto curso de primaria.

LA MUJER.—*(Lo contempla con más ternura aún)* Muy bien. Escucha, tu madre no debe permitirte que vengas a la ciudad para cosas de poca monta.

EL CHICO.—Ella nunca está de acuerdo en que venga, pero yo quiero a mi tío. Quiero verlo.

LA MUJER.—Bien. Creo que es mejor que tomes uno de los buses rápidos delante del callejón al-Samaka. ¡Anda, ve! Hace mucho frío.

EL CHICO.—*(Temblando)* Me iré. *(Intercambia unas largas e inquietantes miradas con la mujer)* Me iré. *(Se va)*

LA MUJER.—*(Suspira)* Pobre, se estremece como si fuera una hoja de papel. *(Viene un anciano de unos sesenta años. Se queda rudo a unos cuantos metros de la mujer)*

EL HOMBRE.—*(Con enojo)* ¡Dios!, o un calor que abrasa, chausca y deseca el pulmón, o un frío que corta la carne como los cuchillos de los salteadores de caminos. *(Pausa y con rvisosismo)* Desde hace horas el frío tritura mis huesos como la mano del mortero. *(Suspira)* O un calor infernal, o un frío siberiano. *(Se inclina un poco y sopla la palma de sus manos)* Un frío tremendo, tremendo, salvaje.

LA MUJER.—*(Lo mira con compasión)* Realmente uno se queda desconcertado con las estaciones de nuestro país.

EL HOMBRE.—*(Se vuelve a ella con calma, como quien habla consigo mismo)* Un frío que le hace a uno rezar para que lleve el verano. El invierno nos asedia y nos sorprende y nos convertimos en erizos, mientras que el verano nos hace andar con la lengua fuera y resollar como un perro. *(Pausa)* La primavera viene como un espectro y se va y el otoño nos tiñe los rostros de polvo. ¡Ah! No sé. Lo siento. ¿Ha pasado el autobús 6?

LA MUJER.—*(Y lo contempla con atención)* No sé. Hace algún tiempo pasó el 6.

EL HOMBRE.—(*Meneando la cabeza*) Pasó, pasará, quizá dentro de poco. (*Tiembla de frío*) Mire señora, ¿qué nos produce este frío cortante? Créame, hace un cuarto de hora no podía abrir la boca, toda mi dentadura postiza castañeaba en contra de mi voluntad. A causa de la fuerza de este frío cortante yo la presionaba, con el gesto de enojo de un camello encolerizado y sin preocuparme por la destrucción que ello suponía dentro mi boca.

LA MUJER.—Tendría usted que abrigarse bien. Los huesos de las personas de nuestra edad son frágiles, débiles. Debería llevar un abrigo.

EL HOMBRE.—(*Mira su vestimenta*) Esta blusa tiene el grosor de una manta y además llevo la chaqueta y la camiseta debajo y. . . ¡Ah!, a veces, no puedo ni mover la mano. (*Pausa*) Naturalmente, es la vejez. Los malditos años no pasan en balde y se comen hasta el hierro. (*Llega una hermosa muchacha, se para junto a la mujer*)

LA MUCHACHA.—¿Ha pasado el 4?

LA MUJER.—Hace rato.

LA MUCHACHA.—(*Con fastidio*) ¡Eh! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Qué frío hace!

EL HOMBRE.—Dudo que se salven de él ni los huesos de los jóvenes.

LA MUCHACHA.—Mire usted, ¿qué puede hacer la juventud ante este frío?

EL HOMBRE.—(*Amablemente*) Soportarlo sin refunfuñar.

LA MUCHACHA.—(*También ella amablemente*) ¡Ojalá!, pero el frío es espantoso.

EL HOMBRE.—El frío no conoce la misericordia. Es como las bombas de los enemigos que estailan y alcanzan a jóvenes y mayores.

LA MUCHACHA.—(*Sonríe y se sopla en la palma de sus manos varias veces. Se vuelve a derecha e izquierda. Hablando consigo misma*) ¡Qué horrible es la espera! y con semejante tiempo.

EL HOMBRE.—(*Él también hablando consigo mismo*) Se necesita que se pongan los nervios de punta para que el enojo acalle el dolor de este frío tremendo. (*Se vuelve a derecha e izquierda*) Calles desiertas, autobuses que marchan como una tortuga, como si viniesen del fin del mundo.

A MUJER.—(*Lanza una mirada al cielo. Al hombre*) ¿Cree que lloverá?

L HOMBRE.—(*Con frialdad*) No sé. (*Lanza una larga mirada al cielo*) Mi vista es débil. (*Pausa*) ¿No tiene el cielo el color del plomo fundido?

A MUJER.—(*Ella y la muchacha lanzan una rápida mirada al cielo*) El cielo está oscuro, negruzco.

L HOMBRE.—Quizá. ¡Ojalá que llueva pronto para aligerar la turbulencia de este frío salvaje, medio siberiano!

A MUCHACHA.—¡Ah!, señor, ha dicho medio siberiano. ¿No creo que no existe gran diferencia entre el frío de nuestra ciudad y el de Siberia.

L HOMBRE.—(*Meneando la cabeza*) No exageres pequeña.

A MUCHACHA.—¿Ha estado en Siberia?

L HOMBRE.—Qué va. Mi hijo estudia Geología en la Unión Soviética. Se queja mucho del frío. (*Entra un hermoso muchacho. Se dirige a la muchacha*)

L MUCHACHO.—¡Oh! Lo siento mucho, cariño. Este frío me da un ataque de enfado. (*Le coge la mano*) Me alegro de haberte encontrado. Disculpa. ¡Vámonos! ¡Por Dios, qué frío más estrepitoso! ¿Llevas mucho esperando?

A MUCHACHA.—Pensé tomar el autobús e irme. Tendrías que haber venido a tiempo.

L MUCHACHO.—Disculpa. ¡Anda, vámonos!

A MUCHACHA.—¿Crees que este tiempo ayudará?

L MUCHACHO.—Mucho, mucho, ¡Muévete!

A MUCHACHA.—Pero. . .

L MUCHACHO.—(*Enfadado*) ¿Qué pasa? Otra vez. ¿Qué tiempo que ver el tiempo? ¡Muévete! (*Se van*)

L HOMBRE.—(*Sonriendo*) Juraría que este frío salvaje se va a transformar para ellos en una ligera brisa. (*Suspira*) En efecto, pronto el frío los empujará y los reconciliará como al cachorro como al cachorro, los absorberá, ¡Ay! ¡La juventud!

A MUJER.—(*Tras un silencio*) ¿Qué edad tiene su hijo?

L HOMBRE.—Está por los treinta. Prepara el doctorado.

A MUJER.—¡Ah! Un joven y se queja de frío.

L HOMBRE.—La adaptación. ¿Comprende el significado de la palabra “adaptación”? Dice que no se adapta a estar a diez grados bajo cero. (*Riendo*) Me escribe bromeando que la ola

de frío afecta a su oído hasta el punto de quedarse sordo y resuena en su cerebro un sonido que es como un pitido molesto.

LA MUJER.—Pobre.

EL HOMBRE.—O me escribe: “Meto la mano en el bolsillo del abrigo buscando calor y he aquí que la punta de mis dedos se encuentra un copo de nieve en el fondo, y me caliento con él del enfado que cojo.” ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!

LA MUJER.—(*Con alegría*) ¿Se sabe de memoria sus cartas?

EL HOMBRE.—No. Pequeñas frases de ellas. (*Burlándose*) El desgraciado me escribe bellas cartas sobre su situación. Cierta vez escribió: “Más de mil veces al día gimo al ver las gotas de sudor que se deslizan desde el cuello a la espalda y estoy bajo los efectos del aire frío en los queridos días de julio.” (*Pausa*) Imagine qué frío hace allí.

LA MUJER.—(*Con tristeza*) Pobre. ¿No escribe a su madre?

EL HOMBRE.—Repudié a su madre cuando él tenía diez meses.

LA MUJER.—¿Por qué?

EL HOMBRE.—No sé. Aturdimiento, impulso. Así, como cualquier tonto, sin causa alguna. (*Pausa*) Mis impulsos, como hijo único y consentido, eran entonces numerosos. Intenté que volviera y fracasé. Su familia se negó a que yo la viera y me juré a mí mismo que no la vería ni le permitiría ver a su hijo y salí de esta ciudad con mi única hermana hacia Bagdad.

LA MUJER.—¿Desde que salió de la ciudad hasta ahora ha estado en Bagdad?

EL HOMBRE.—Sí. Hace un mes que estoy aquí. Mi ciudad. ¡Oh!, esta ciudad no ha cambiado en absoluto. Un poco en las zonas meridionales. La zona este sigue hosca y abandonada.

LA MUJER.—¿Conserva aún recuerdos de ella?

EL HOMBRE.—Se han perdido todos. Ni siquiera creo conocer la misma ciudad como era entonces. La mayoría de mis amistades ha muerto y algunos, como yo hice, la abandonaron.

LA MUJER.—¿Su esposa? ¿Sigue aquí?

EL HOMBRE.—Vaya usted a saber. Incluso si la viera ahora posiblemente no la reconocería. Son treinta años, o más. Los años destruyen todos los recuerdos.

A MUJER.—¿Su hijo siente los mismos impulsos?

L HOMBRE.—Qué va. En absoluto. Él es tranquilo, pondeado, tenaz, dócil como una liebre, destacado en sus estudios con persistencia, le gusta la poesía y, a veces, la compone. *(inspira)* Él tiene muchas de las virtudes de su madre. ¡Ay! Su madre, realmente, era una mujer maravillosa. *(Pausa)* No podía ser digno de este tipo de personas de ninguna manera. En absoluto. Yo soy de los que no fueron creados para el matrimonio.

A MUJER.—¿Por qué no intentó verla en todo este tiempo?

L HOMBRE.—La ridícula terquedad, la despreciable altivez, estupidez. ¡Oh! Pensé en concederle otra vida con otra persona que fuera mucho mejor que yo. *(Sopla en la palma de sus manos. Suena música ligera y triste de un aparato de radio japonés. Larza una mirada al cielo)* Solamente la lluvia es capaz de acabar con este frío helado que nos envuelve.

A MUJER.—*(Con amabilidad)* ¿Son éstas palabras de su hijo?

L HOMBRE.—No, no, no. El frío que tenemos, como usted sabe, sólo desaparece con la lluvia.

A MUJER.—Creo que no está bien que yo sienta curiosidad hasta este punto.

L HOMBRE.—¡Oh! Satisfaga su curiosidad, señora.

A MUJER.—¿Vive usted solo?

L HOMBRE.—La vejez, la charlatanería, el cotilleo, la curiosidad. Sí, a nuestra edad, sin estas cosas, no somos más que dáveres *(Pausa)* ¿Qué? ¡Ah! Sí, vivo solo. Estuve con mi hermana. Murió hace veinte años. Efectivamente, vivo solo.

A MUJER.—Hace cosa de un mes que le veo aquí esperando el autobús.

L HOMBRE.—Tengo un trozo de tierra que he vendido. El otoño se ha alargado, la rutina. Antes de que viniera este frío infernal me relajaba el clima de la ciudad. Y la vista de las cosas en la zona este de la ciudad durante la puesta del sol me embaucaba y me hacía recordar mi infancia y los días de estudio. Cada día pospongo mi viaje. No sé por qué. Escribiré una larga carta a mi hijo sobre mi ciudad, mi juventud, mi patrimonio, que por desgracia, no duró mucho.

A MUJER.—¿Cuándo le escribirá?

L HOMBRE.—En cuanto regrese.

LA MUJER.—Escríbale frecuentemente y de prisa. El estar fuera es doloroso. Haga que se sienta siempre feliz. A propósito, ¿es su único hijo?

EL HOMBRE.—No me volví a casar después de repudiar a mi esposa. Sí, es mi único hijo. ¡Oh! Naturalmente, le escribo con regularidad. Él también me llena de gran felicidad con sus dulces palabras. *(Pausa)* Es feliz.

LA MUJER.—Sin duda.

EL HOMBRE.—Tiene lo que lo colma de felicidad: sus clases, su bella amiga rusa Svitlana. Me ha mandado una foto grande de ella. Tiene la cara redonda y blanca como el queso kurdo y el pelo es del color de la alfalfa. Tiene mis cartas, además un poco de vodka, del que dice que es el único que aplaca al frío.

LA MUJER.—¡Ah! ¡Qué asombroso!

EL HOMBRE.—Y le gusta mucho ver los árboles de abedul y la ensaladilla rusa, a la que llama sinfonía. Es, en resumidas cuentas, feliz, feliz.

LA MUJER.—*(Suspira)* Escríbale sobre las cosas bellas de su ciudad. Hágale saber que sigue como era: tranquila, ponderada, como siempre, perfecta. No se ha echado a perder.

EL HOMBRE.—¿Quién?

LA MUJER.—Escríbale. Escríbale.

EL HOMBRE.—Sin duda. *(Hace ademán de irse)* Creo que debo irme. Quizá encuentre un taxi que me lleve al hotel. Mañana he de partir. *(Se pone en movimiento y mira a la mujer)* No espere el autobús. No va a venir. Y si espera que se calme este frío, por el contrario, se convertirá en más tremendo y feroz, y comienza, como dice mi hijo, a lamer los huesos de la misma forma que un perro expresa su profundo amor a su amo. *(Pausa)* Me daré prisa. *(Suena una canción triste de la radio lejana.)*

LA MUJER.—*(Llora con ardor. Con voz entrecortada)* ¡Dios mío!, por fin he tenido ocasión, tras todo este largo tiempo, de ver a mi esposo. Déjame quererlo como te quiero ¡Dios mío! hasta mis últimos momentos. *(Lanza una larga mirada en la dirección en la que el hombre se aleja)* Déjame que te quiera como lo quiero. Déjame que lo quiera como te quiero.